Una meditación sobre la humildad, la obediencia y el verdadero liderazgo cristiano

---

Introducción: Cuando el mayor honor se convierte en el mayor temor

En el imaginario colectivo, ser elegido Papa parece el culmen de una vida entregada a Dios: el honor más alto, la carga más santa. Sin embargo, a lo largo de la historia de la Iglesia, han existido hombres santos que, al ser propuestos o incluso elegidos para ocupar la Cátedra de Pedro, retrocedieron horrorizados ante la idea. ¿Por qué alguien huiría de tal dignidad? ¿Qué nos dice esto sobre el liderazgo, la humildad y la voluntad de Dios?

En un mundo donde el poder y la visibilidad son codiciados, estos episodios resultan profundamente contraculturales. Nos enseñan que el verdadero liderazgo cristiano no se mide por títulos, sino por la disposición a cargar con la cruz. Este artículo explora los casos reales de cardenales que se negaron a ser Papa y cómo su ejemplo puede iluminarnos hoy.

I. Historia viva: Cardenales que huyeron del trono de Pedro

1. **San Carlos Borromeo (1538–1584)** – El cardenal reformador que temía el papado

San Carlos Borromeo fue un cardenal modelo de reforma tridentina, arzobispo de Milán, promotor del Catecismo Romano y defensor incansable de la santidad del clero. Su vida de oración, penitencia y servicio le convirtieron en uno de los nombres más mencionados para suceder a San Pío V. Sin embargo, Borromeo temía sinceramente ser elegido Papa. Rogaba que el Espíritu Santo apartara de él ese cáliz. Prefería permanecer humilde servidor de su diócesis que convertirse en cabeza visible de la Iglesia.

¿Por qué este miedo? Porque conocía el peso inmenso del papado, no como un honor humano, sino como una imitación radical de Cristo Pastor. No ambicionaba el poder, sino la cruz.

2. **San Felipe Neri (1515–1595)** – El «Apóstol de Roma» que se escondió

Aunque no cardenal, Felipe Neri fue propuesto varias veces como candidato al papado. Su reacción fue correr literalmente a esconderse. Conocido por su alegría y espíritu profético, tenía claro que su misión no era reinar, sino consolar las almas y predicar la conversión.

“Prefiero el Paraíso”, respondía cuando se le ofrecía un cargo eclesiástico.

3. **Cardenal Giuseppe Siri (1906–1989)** – La leyenda del «Papa no coronado»

Aunque las fuentes varían y algunos historiadores niegan su elección formal, la figura del cardenal Siri representa un símbolo de aquellos que habrían podido asumir el papado, pero cuyas convicciones o presiones externas lo impidieron. Siri fue arzobispo de Génova y figura clave en el sector tradicionalista del siglo XX. Se decía que fue elegido en más de un cónclave pero que declinó por obediencia o prudencia. Sea cierto o no, representa a muchos pastores que veían en el papado una misión, no una promoción.

4. Cardenal Camillo Laurenti (1861–1938)

El cardenal Camillo Laurenti, destacado purpurado italiano y prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, fue una figura clave de la Curia romana en los primeros decenios del siglo XX. Durante el cónclave de 1922, convocado tras la muerte del Papa Benedicto XV, Laurenti fue considerado uno de los *papabili* más serios. Según algunos relatos históricos y testimonios indirectos, cuando su candidatura comenzó a tomar fuerza entre los cardenales electores, él mismo habría expresado con humildad su negativa a aceptar el papado en caso de ser elegido, convencido de no poseer la fortaleza necesaria para guiar a la Iglesia en tiempos tan convulsos. Esta renuncia tácita habría allanado el camino para la elección del cardenal Achille Ratti, quien fue finalmente elegido como el Papa Pío XI. Laurenti continuó sirviendo fielmente a la Iglesia desde la Curia hasta su muerte, mostrando siempre un espíritu de obediencia, humildad y profundo sentido del deber.

II. Teología del rechazo: ¿Es lícito huir del papado?

A primera vista, rechazar el papado parecería desobedecer a Dios. Sin embargo, en la tradición católica hay espacio para discernir la propia vocación hasta en lo más alto. El papado no es un premio, es una cruz. Es ser “siervo de los siervos de Dios” (servus servorum Dei). El Catecismo recuerda que:

> *“Quien quiera ser el primero entre vosotros, sea vuestro servidor” (cf. Mt 20,27).*

La clave está en la **humildad evangélica**: una virtud teologal vivida profundamente por los santos. No se trata de falsa modestia, sino de una conciencia profunda de la propia pequeñez ante Dios. San Bernardo de Claraval decía: *“El que no es humilde no puede ser elevado sin caer.”*

Cuando un cardenal huye del papado, muchas veces lo hace movido no por cobardía, sino por temor reverente a defraudar a Cristo, por amor a la Iglesia y por una clara conciencia de sus propias limitaciones.

III. Enseñanzas prácticas para hoy: ¿Qué puede aprender el cristiano de a pie?

1. **No busques el poder, busca la misión**

La vida cristiana no se trata de “subir” en la jerarquía o en el reconocimiento, sino de “bajar” a los pies de los demás como hizo Jesús al lavar los pies a sus discípulos (cf. Jn 13,1-17). El ejemplo de estos cardenales nos enseña a no aferrarnos al prestigio, sino a servir desde donde estemos.

> *“El que se ensalza será humillado; y el que se humilla será ensalzado” (Lc 14,11).*

2. **Discierne tus responsabilidades con oración y obediencia**

No toda “oportunidad” es una llamada de Dios. La prudencia espiritual requiere discernimiento. ¿Estoy siendo llamado a este puesto, a esta decisión, a este liderazgo? ¿O estoy huyendo de la cruz o persiguiendo un ego disfrazado de celo apostólico?

Los santos que rehusaron el papado lo hicieron tras profunda oración, acompañamiento espiritual y abandono confiado en la Providencia. Podemos aprender de ellos a consultar a Dios antes de tomar decisiones importantes.

3. **La cruz no es opcional**

Jesús no dijo: “El que quiera ser mi discípulo que me siga cuando le convenga”. Dijo:

> *"El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y me siga" (Lc 9,23).*

A veces la cruz viene en forma de una misión que no buscamos (como ser elegido Papa). Otras veces, la cruz es renunciar a algo que deseamos por fidelidad a Dios. Lo importante no es huir de la cruz, sino abrazarla con libertad interior.

IV. Guía teológico-pastoral: ¿Cómo vivir esta enseñanza hoy?

1. Examen de conciencia sobre el poder y la ambición

- ¿Estoy persiguiendo cargos o tareas por gloria personal?
- ¿Soy capaz de decir "no" a responsabilidades que no me corresponden por vocación?
- ¿Valoro más el reconocimiento que la verdad?

2. Práctica diaria de la humildad

- Agradece tus dones, pero reconócelos como recibidos de Dios.
- Acepta correcciones sin justificarte.
- Celebra los logros ajenos sin compararte.

3. Acompañamiento espiritual y obediencia

- Habla con un director espiritual o guía de confianza cuando debas tomar decisiones serias.
- No tomes decisiones importantes solo, ni te dejes llevar por emociones.
- Practica la obediencia a la Iglesia, incluso cuando cueste.

4. Ofrece tu vida como servicio

- Haz tuyas las palabras de la Virgen: *"He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra"* (Lc 1,38).
- Acepta las pequeñas misiones diarias como si fueran las más grandes: cuidar a tus hijos, ser justo en el trabajo, escuchar con atención a quien sufre.

Conclusión: El verdadero Papa es Cristo

Los cardenales que huyeron del papado comprendieron que el verdadero Sumo Pontífice es Jesucristo. El Papa no es un monarca absoluto, sino un pastor vicario de Cristo. Y los que han sabido decir “no” a esa dignidad, nos enseñan a decir “sí” a lo que de verdad importa: la voluntad de Dios.

No todos estamos llamados a ser Papas, pero todos estamos llamados a ser santos. Y la santidad no se mide en títulos, sino en fidelidad.

> *“No todo el que me dice ‘Señor, Señor’ entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre” (Mt 7,21).*

Oración final

Señor Jesús, Maestro humilde y manso,
enséñanos a preferir tu voluntad a nuestras ambiciones.
Danos un corazón libre, capaz de decir “no” al poder y “sí” al servicio.
Como San Carlos Borromeo, que temía más defraudarte que no ser elegido,
haznos dóciles a tu Espíritu.
Que nuestras decisiones sean siempre oración encarnada,
y que si nos llamas a cargar alguna cruz,
la llevemos contigo y no solos.
Amén.